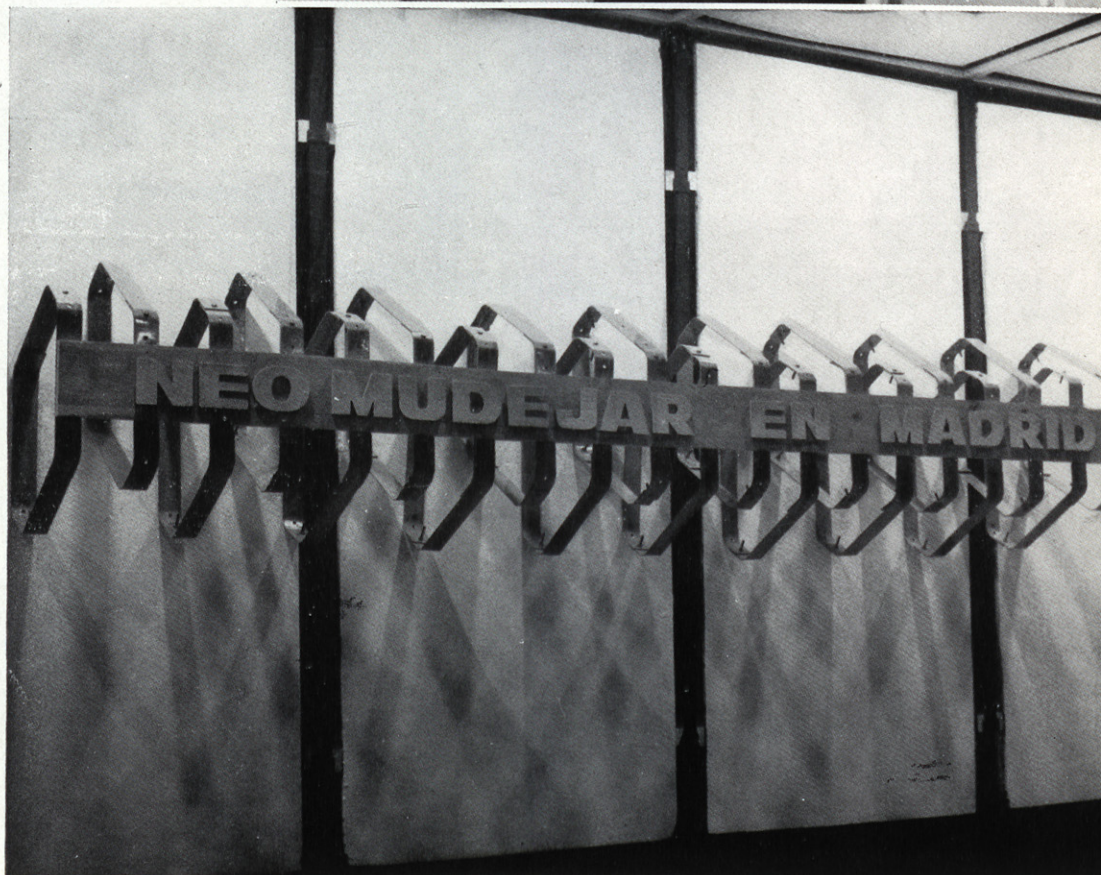
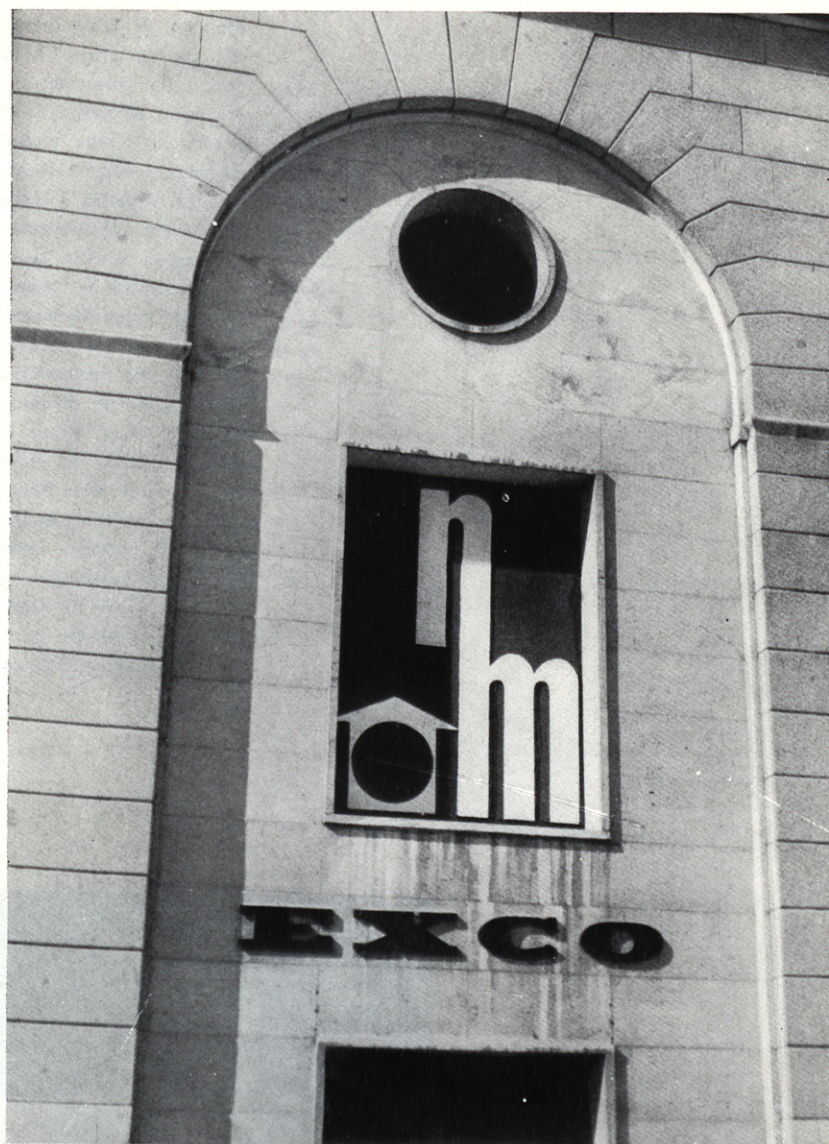


SOBRE EL NEOMUDEJAR EN EXCO

Neomudéjar. Estilo viejo presentado en versión nueva. Llegó a Madrid debidamente—año 1874—, en forma de plaza de toros. Y ganó la plaza. Era una buena arquitectura—satisfactoria en muchos aspectos—y prendió bien. Hay entonces en España—en Madrid—una serie de arquitectos que adoptan este estilo. Arquitectos que no sé yo si siguen o si coinciden en su hacer con el más significativo mudejarizante (E. Rodríguez Ayuso), pero es el caso que todos ellos trabajan dentro de ese estilo a lo largo de cincuenta años—los que median entre la citada plaza de toros, obra de Ayuso, y el dispensario de la Cruz Roja (1927), obra de M. Cárdenas—.

Los edificios neomudéjares de Madrid, conocidos en sí mismos por los mayores hoy de cincuenta años, estaban en imagen por los paneles de EXCO. Desconocidos edificios, muchos de ellos, para menores de cincuenta años. Y no es esto fenómeno achacable a su desconocimiento de Madrid; es que Madrid ha tenido a bien suprimir a punta de piqueta varios de estos ejemplares neomudéjares. Las razones para tal supresión fueron, han sido, eran, son en cada caso contundentes para quienes razonan por medio de esos silogismos claves de determinada coyuntura. Para quienes tenemos otra lógica menos hija de coyunturas, nunca resultó muy válido ese razonar por silogismos en demasía ocasionales que respalda la obra de destrucción de Madrid en Madrid. Porque está llegando la hora de que buscando a Madrid en Madrid "no la hallemos", como le aconteció en su búsqueda de Roma al polaco Nicola Sep Szarynski, en 1608. Por eso esta Exposición, como el número 125—realización de A. G. Amézqueta—de esta revista ARQUITECTURA, incitan a meditar, a recordar. Hacen posible el encuentro con un buen pasado construido.



Si voy a decir verdad, esta Exposición del neomudéjar ha sido muy bien usada. Se ha logrado desde ella, por ella, gracias a ella tal vez, el indulto para las Escuelas Aguirre, gesto señor y magnánimo del Ayuntamiento de Madrid—de los hombres que integran la Corporación, empezando por el alcalde mayor nuestro—. Este indulto no sólo sirve para conservar un edificio importante—lo es el edificio de las Escuelas Aguirre, obra de Ayuso—, sino además como prueba de la confianza que es grato poder tener en la gestión de nuestro Ayuntamiento castizo. Bueno es ello.

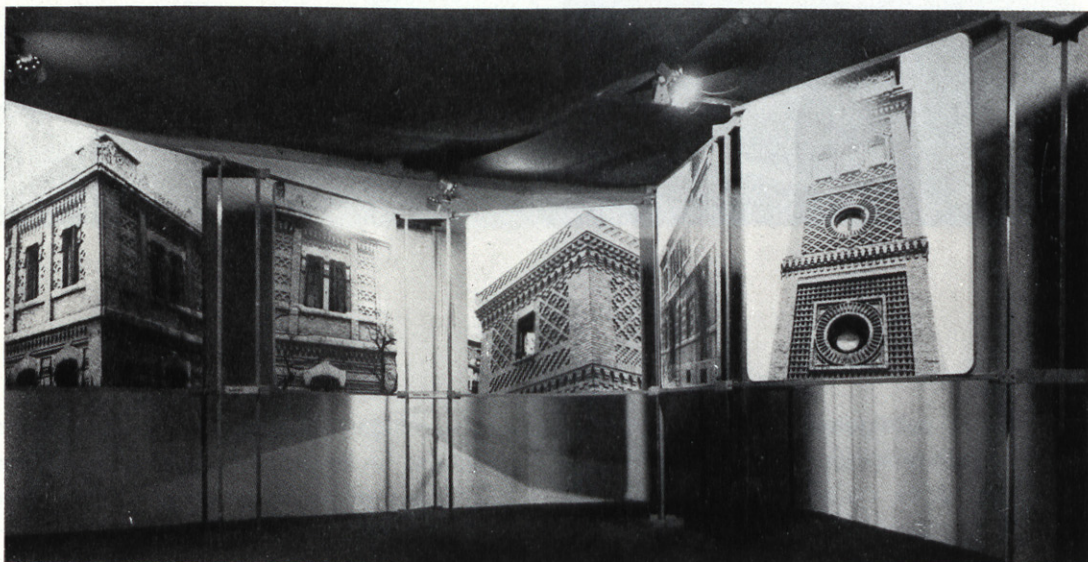
Conviene decir también que en esta Exposición los visitantes unos imaginan y otros reviven un jirón de tiempo sido: el tiempo suyo personal, ya pasado para unos, y el tiempo en que se fraguó Madrid, el tiempo del último cuarto del siglo XIX y del primero del XX.

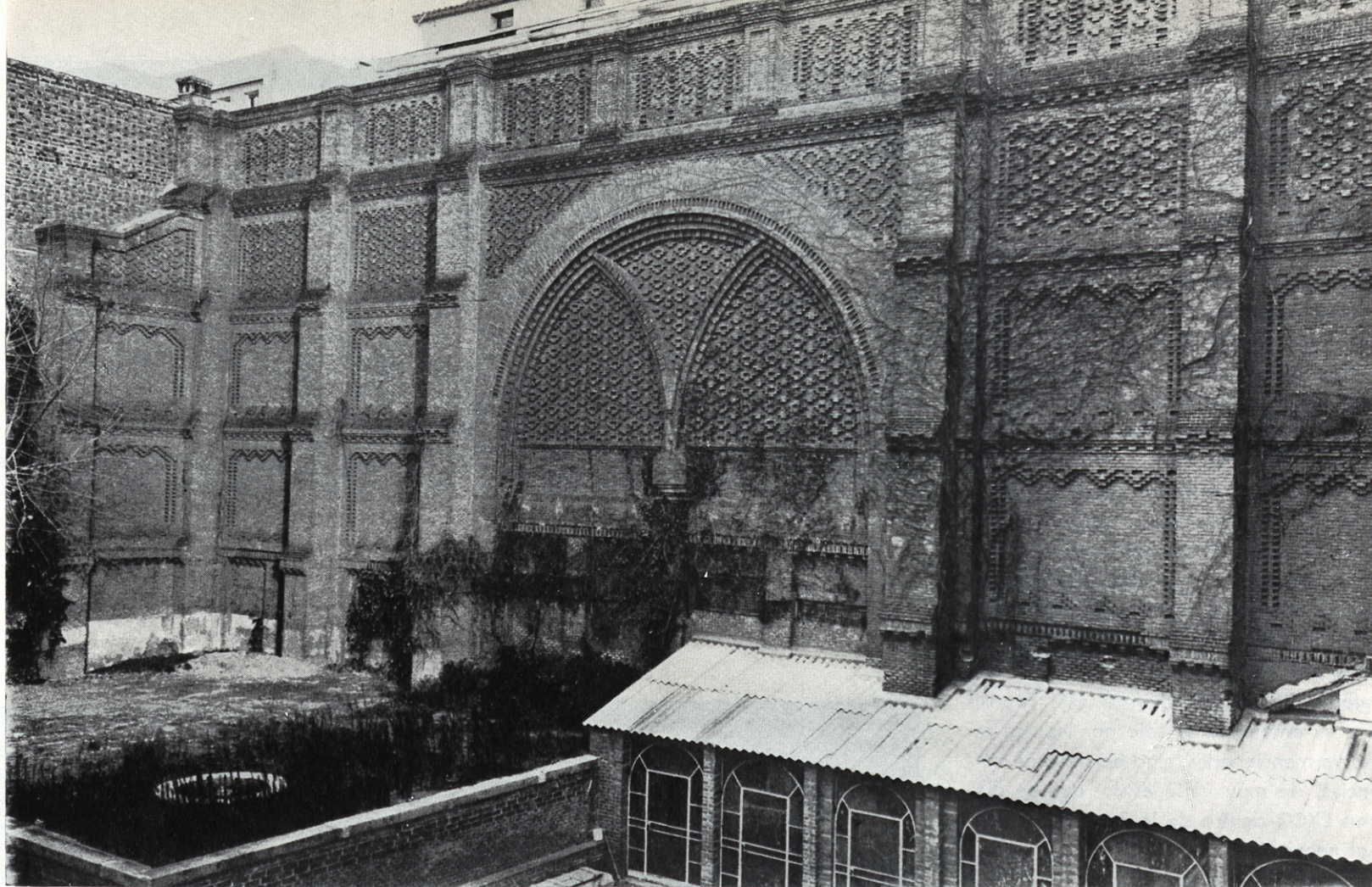
Patente de eficacia merece esta Exposición a mi entender, no sólo por las dos razones ya mencionadas, sino por las tres conferencias, de muy vario estilo, que se dieron en EXCO dentro de la Exposición y sobre el neomudéjar.

Fernando Chueca, en su conferencia, pidió el indulto de tres edificios de Madrid: Escuelas Aguirre, "Jareños", Hospital. Y con su saber de Arquitectura y de Historia humana y nuestra explicó la valía del momento en que surgió este estilo y la necesidad que Madrid tiene en general de abandonar su "afición a la piqueta", grave vicio de funestos resultados en su opinión, en la de muchos, y aunque poco importe, diré que también en la mía.

Antonio Díaz-Cabañate desplegó con buen estilo el Madrid de aquel entonces—un entonces muy neomudéjar—y le puso la debida atmósfera galdosiana con su evocación de una criatura del temple de Fortunata, que atendía por el Rano, ganaba "perras" a la rana, se bañaba en el Manzanares dentro de un saco y sabía poner luz de sensibilidad sobre los ladrillos neomudéjares de Ayuso. ¿Criatura real? No lo sé. En todo caso, criatura eficacísima literariamente el Rano.

El arquitecto Lamela sirvió de telón de contraste. Joven y dinámico constructor, defendió con el estilo que era de esperar en prosa su barroco técnico y la necesidad de utilizar en Madrid no ya la piqueta, que es instrumento mandado retirar por añoso, sino esas máquinas arrasalotodo—con nombre in-





GRAN MURO MEDIANERO A LA ESPALDA DE LA ACTUAL PRESIDENCIA DEL GOBIERNO, EN EL PASEO DE LA CASTELLANA.

glés—y las subsiguientes grúas necesarias para la recomposición del nuevo y levantado Madrid. Se vio muy claro, a través del lenguaje de Lamela, que después de la llegada a nuestra villa de las torres de Colón, a nuestra villa se le ha quedado chico el almirante. Aquí, en esta nueva ordenación de la plaza de Colón—al parecer tampoco está bien llamar plaza a ese lugar, visto que la *place de la Concorde* tampoco es una plaza (Lamela dixit)—; bien, en Colón, para hablar con propiedad, se invierte la secuencia de estos hechos poéticos de Antonio Machado, que gusto de citar ahora:

La plaza tiene una torre,
la torre tiene un balcón,
el balcón tiene una dama;
la dama, una blanca flor.
Ha pasado un caballero
—¡quién sabe por qué pasó!—
y se ha llevado la plaza
con su torre y su balcón,
con su balcón y su dama,
su dama y su blanca flor.

No ha sido en Colón el caballero el que al llevarse a la dama dejó sin torre y sin

plaza el lugar. Ha sido la torre de cemento la que se ha llevado—se lleva—por delante caballero y plaza. En resumen: que el señor almirante don Cristóbal Colón sobra ya en Colón. Y como más merece, más tendrá—dice Lamela—, pero será ya siempre—digo yo—un infeliz desalojado. El destino de la persona parece contagiado a su bulto. En vano reclamaba el almirante, tras su cuarto viaje—7-XI-1504—, el cumplimiento de las promesas regias. Ahora bien: puesto que tanta casa sobra en Colón viejo, conviene no perder de vista que también sobraré tráfico en Colón nuevo: será pequeño el espacio hoy colombino, aunque sin almirante quede, para albergar el torrente circulatorio que originen los nuevos edificios Colón-Génova tan pronto como entren en funcionamiento. Desde luego, la condena a muerte de los fronteros "Jareños" nada solucionará, puesto que el nudo se hará gordiano en Génova-Colón, pese a todo.

Ejemplo claro—y por eso valioso—este decir del arquitecto de las torres de Colón,

en que transparece a lo vivo y actualizadamente cómo se está construyendo sobre Madrid otro Madrid, tan inviable cuando se concluya como el actual. Porque acontece el triste hecho de que las vías que hoy se acondicionan en Madrid, de estar ya expeditas, servirían acaso para el tráfico del Madrid de hoy mismo, pero no para el que supondrá ese Madrid de mañana, de pasado mañana, que se alza sobre el existente—previamente arrasado—. Son vías que nacen ya mezquinas, porque donde no hay espacio no hay, y es inútil doblar niveles, porque de todas maneras vamos a vivir cada vez más enlatados en Madrid.

El neomudéjar, defendido, enseñado, expuesto, cantado y aun devaluado, ha servido, pues, para que sean meditados una vez más, serenamente, los muy complejos problemas de Madrid-ciudad. (Sí, sólo pensando en ellos se solucionan los problemas.)

Personalmente he usado yo la Exposición del neomudéjar para revivir un tiempo brillante de España: el tiempo en que creó su

obra la denominada generación del "noventa y ocho" y durante el que se fraguó la que se ha llamado generación del "veintisiete". Porque es curioso que los hombres del "veintisiete" fueran jóvenes y tensaran su vivir residiendo, morando, en unas construcciones neomudéjares, que tal eran los pabellones de la *colina de los Chopos*—residencia de estudiantes; arquitecto: Antonio Flórez, 1911-1913—.

Desde la primera residencia de estudiantes, en Fortuny, 8, Juan Ramón Jiménez escribe a su madre por estos años: "Dentro de una semana se empieza la nueva residencia del Hipódromo. El proyecto es maravilloso, y el año que viene será una realidad. El rey da 70.000 pesetas. Aquí se cuenta con 100.000 pesetas. Aquello será ya la perfección. Todos los cuartos, aislados, con baño y calefacción, jardines espléndidos, juegos, aulas de tertulia y conciertos, todo a propósito y con arreglo a los adelantos más recientes."

Ladrillos sobrios, bellamente colocados. Edificios de proporción justísima: lujo extraño, adecuadísimo a la sensibilidad y el gusto del momento. Lujo satisfactorio para la clase denominada "inmensa minoría".

Ladrillos que apelan a ciertas formas y sentidos de los siglos medios, que se utilizan ahora en función de otras necesidades, pero tan funcionalmente como se utilizaron en su día. Y esta apelación a los siglos medios parece ser la consigna de la hora. No es azar que también el modernismo se conforme sobre el gótico. Pero el neomudéjar es más modesto estilo, estilo que exige el material fundamental exclusivo—ladrillo—y que empieza siendo una forma serena, bien asentada, bien proporcionada, con el discreto adorno del ladrillo mismo.

No sólo las artes plásticas buscan raíces propias en la Edad Media durante el fin y principio del siglo. La Poesía halla la más pura poesía en la Edad Media. (Sabido: Gonzalo de Berceo es el primer poeta para esta generación "noventa y ocho".) Llamaban pureza a lo que hoy llamamos autenticidad. Berceo, poeta auténtico. Se buscaban en el decir llano y justo de las gentes las palabras precisas, todas las que Azorín halló en la vida y en las artesanías de los pueblos españoles. Se buscaban en las memorias de los habitantes de nuestras tierras las versiones más bellas de nuestras crónicas rimadas y de los romances. Y así, mientras Ayuso reconstruía el vivir de los ladrillos mudé-

jares, Menéndez Pidal reconstruía el *Cantar de los siete infantes de Salas*.

En el fondo de estas coincidencias hay una coincidencia más importante: la postura vital de todos estos hombres es la misma. Buscan hacer originalmente una obra—verso, prosa, pensamiento, ciencia, arte—con los medios más auténticos a su alcance y más eficaces para el fin prefijado. Por eso tiene especial sentido la nueva adopción del ladrillo, del ladrillo que—se pensó—era tan necesario como adecuado para la finalidad a él asignada. Ese ladrillo era el viejo, el de los árabes, que son tan buenos ladrilleros a lo largo de tanta historia. Porque siempre hubo otro ladrillo en uso o acaso otro uso para el mismo ladrillo de siempre. Los edificios que se hacen en estilo neomudéjar son en su mayoría edificios destinados al mejoramiento de la sociedad española—era el sentido último que se confería a las fábricas, hospitales, asilos, centros docentes, residencias—. En cuanto a las viviendas y las plazas de toros mudéjares, estoy por decir que lo fueron por exigencia de sus propias almas de edificios—que también tienen alma los edificios—. Todos estos edificios—a pesar del estado en que se hallan muchos hoy—siguen siendo atrayentes. Tiene en la luz nuestra un tono especialmente atractivo el ladrillo viejo así tratado. Y tiene en imagen fotográfica especial belleza. Porque es lo cierto que las fotos de la Exposición del neomudéjar ofrecían las construcciones con nitidez de recién estrenadas.

Me pregunto si muchas gentes no somos idólatras por culpa del ladrillo. ¿Es justo tener en tanto aprecio a cosa tan humilde y sencilla como un ladrillo? En todo caso es justo respetar el ladrillo cuando llega a la ciudad. Porque es el primer material usado por el hombre para hacer una ciudad en su forma primitiva de ladrillo secado al sol raso, naturalmente. La ciudad más antigua del mundo, la neolítica Jericó,alzada hace diez mil años, ¿no tiene de ladrillo todas sus edificaciones?

El neomudéjar es la manifestación del culto al material modesto y digno, valiente, en unos años en que estaba previsto y bien visto ser valiente frente a la opinión de una reinante mayoría que no acepta para la "inmensa minoría" mantenerse dignamente en la modestia del vivir, sin falsas apariencias—esas apariencias estucadas que amargaban tanto la vida casera de quienes casi nada tenían y mucho pretendían lucir—.

Hace cincuenta años se usó el neomudéjar en Madrid con afán, con sentido, con eficacia. Tal vez estas construcciones no puedan hoy cumplir tan bien como en su día la función a que fueron destinadas. Esto es natural y normal ley de vida. Pero conviene considerar si no servirían, si no serían muy aprovechables para otra función. Al cabo de cincuenta años tampoco las personas serviríamos para lo que servíamos—al nacer, al crecer en primera plenitud—, pero es necesario adecuar a un servicio—el que fuere—todo cuanto puede servir en él de modo satisfactorio. Y no hay duda de que los edificios neomudéjares pueden servir muy bien hoy para más que cantera de ladrillos y tejas viejas, antiguas, que se buscan para construcciones especiales para satisfacción del gusto de exquisitos.

Ante una fachada mudéjar o neomudéjar se comprende perfectamente que hay unas razones claras que llevan a unos resultados aceptables. Y que no se pueden demoler esos edificios porque es preciso ahincar hondo en nuestro tiempo el sentido del respeto y la comprensión por lo ya hecho, cosa en cierto sentido también perfecta y que conserva activas en sí todavía algunas perfecciones. No es posible empezar a vivir de nuevo y con lo nuevo tan solo cada amanecer.

En esta Exposición del neomudéjar parecía oportuno adoptar una actitud—cuando menos íntima—frente al pasado que todavía no está consagrado por los siglos. Ese pasado de ayer es necesario para mañana. Y el modo como construyamos el mañana hace vivible o invivible el hoy nuestro de cada día.

¿Será Madrid capaz de no renegar de sí mismo en cada hora y comprender y usar lo que ya tiene: neomudéjares, neoclásicas construcciones de muy vario estilo, respetables?

Por todo esto señalé antes la valía, el sentido y la significación que tiene el indulto otorgado por nuestro Ayuntamiento a las Escuelas Aguirre.

No sólo de circular vive el hombre. A veces al hombre le hace falta detenerse, retrotraerse a otro tiempo suyo o de los demás. Y saber ver, saber comprender, saber respetar la obra hecha por otros hombres, aunque no guste aquel estilo, aunque no parezca tan valioso como el que uno mismo hace. Sí, esto conviene.